

CAPÍTULO 20

El amor de Dios

Padre nuestro que estás en los cielos, nosotros, tus hijos, estamos a menudo turbados de espíritu, oyendo en nuestro interior a la vez las afirmaciones de la fe y las acusaciones de la conciencia. Estamos seguros de que nada hay en nosotros que pueda atraer el amor de Alguien tan santo y tan justo como Tú. Sin embargo, Tú nos has declarado tu amor inmutable en Cristo Jesús. Si nada en nosotros puede ganar Tu amor, nada en el universo puede impedir que Tú nos ames.

Tu amor es incausado e inmerecido. Tú mismo eres la razón del amor con que somos amados. Ayúdanos a creer en la intensidad, en la eternidad del amor que nos ha encontrado. Entonces el amor echará fuera el miedo; y nuestros corazones atribulados estarán en paz, confiando no en lo que somos, sino en lo que Tú mismo has declarado ser. Amén.

El apóstol Juan, por el Espíritu, escribió: "Dios es amor", y algunos han tomado sus palabras como una declaración definitiva sobre la naturaleza esencial de Dios. Esto es un gran error. Con esas palabras Juan afirmaba un hecho, pero no ofrecía una definición.

Equiparar el amor con Dios es un error importante que ha producido mucha filosofía religiosa poco sólida y ha dado lugar a un aluvión de poesía vaporosa completamente en desacuerdo con las Sagradas Escrituras y de un clima totalmente distinto al del cristianismo histórico.

Si el apóstol hubiera declarado que el amor es lo que Dios es, nos veríamos obligados a deducir que Dios es lo que el amor es. Si literalmente Dios es amor, entonces literalmente el amor es Dios, y estamos obligados a adorar al amor como el único Dios que existe. Si el amor es igual a Dios, entonces Dios sólo es igual al amor, y Dios y el amor son idénticos. Así destruimos el concepto de personalidad en Dios y negamos rotundamente todos sus atributos excepto uno, y a ese lo sustituimos por Dios.

El Dios que nos queda no es el Dios de Israel; no es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; no es el Dios de los profetas y los apóstoles; no es el Dios de los santos y reformadores y mártires, ni tampoco el Dios de los teólogos e himnistas de la Iglesia.

Por el bien de nuestras almas debemos aprender a entender las Escrituras. Debemos escapar de la esclavitud de las palabras y, en su lugar, adherirnos fielmente a los significados. Las palabras deben expresar ideas, no originarlas. Decimos que Dios es amor; decimos que Dios es luz; decimos que Cristo es verdad; y queremos que las palabras se entiendan de manera muy parecida a como se entienden las palabras cuando decimos de un hombre: "Él es la bondad misma". Al decirlo así no estamos afirmando que la bondad y el hombre sean idénticos, y nadie entiende nuestras palabras en ese sentido.

Las palabras "Dios es amor" significan que el amor es un atributo esencial de Dios. El amor es algo verdadero de Dios, pero no es Dios. Expresa el modo de ser de Dios en su ser unitario, al igual que las palabras santidad, justicia, fidelidad y verdad. Como Dios es inmutable, siempre actúa como Él mismo, y como es una unidad, nunca suspende uno de sus atributos para ejercer otro.

De los otros atributos conocidos de Dios podemos aprender mucho sobre Su amor. Podemos saber, por ejemplo, que porque Dios es auto-existente, Su amor no tuvo principio; porque Él es eterno, Su amor no puede tener fin; porque Él es infinito, no tiene límite; porque Él es santo, es la quintaesencia de toda la pureza sin mancha;

porque Él es inmenso, Su amor es un amor inmenso; porque Él es inmenso, Su amor es un amor inmenso.

mar incomprensiblemente vasto, sin fondo, sin orillas, ante el que nos arrodillamos en gozoso silencio y del que la elocuencia más elevada se retira confundida y avergonzada.

Sin embargo, si queremos conocer a Dios y, por el bien de los demás, contar lo que sabemos, debemos intentar hablar de Su amor. Todos los cristianos lo han intentado, pero ninguno lo ha hecho muy bien. No puedo hacer más justicia a ese tema impresionante y lleno de maravillas de lo que un niño puede captar una estrella. Sin embargo, al extender el brazo hacia la estrella, el niño puede llamar la atención sobre ella e incluso indicar la dirección en la que hay que mirar para verla. Así, al extender mi corazón hacia el alto y brillante amor de Dios, alguien que no lo haya conocido antes puede animarse a mirar hacia arriba y tener esperanza.

No sabemos, y puede que nunca sepamos, qué es el amor, pero podemos saber cómo se manifiesta, y eso nos basta aquí. Primero lo vemos manifestarse como buena voluntad. El amor quiere el bien para todos y nunca quiere el mal para nadie. Esto explica las palabras del apóstol Juan: "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor."

El miedo es la emoción dolorosa que surge al pensar que nos pueden hacer daño o hacernos sufrir. Este miedo persiste mientras estamos sometidos a la voluntad de alguien que no desea nuestro bienestar. En el momento en que quedamos bajo la protección de alguien de buena voluntad, el miedo se desvanece. Un niño perdido en una tienda llena de gente está lleno de miedo porque ve a los extraños a su alrededor como enemigos. En los brazos de su madre, un momento después, todo el terror desaparece. La buena voluntad de la madre expulsa el miedo.

El mundo está lleno de enemigos, y mientras estemos sujetos a la posibilidad de sufrir daños por parte de estos enemigos, el miedo es inevitable. El esfuerzo por vencer el miedo sin eliminar las causas es totalmente inútil. El corazón es más sabio que los apóstoles de la tranquilidad. Mientras estemos en manos del azar, mientras busquemos esperanza en la ley de los promedios, mientras debamos confiar para sobrevivir en nuestra capacidad de ser más inteligentes o más hábiles que el enemigo, tendremos buenas razones para tener miedo. Y el miedo es un tormento.

Saber que el amor es de Dios y entrar en el lugar secreto apoyándose en el brazo del Amado - esto y sólo esto puede echar fuera el miedo. Que un hombre se convenza de que nada puede hacerle daño e instantáneamente para él todo temor desaparece del universo. El reflejo nervioso, la repulsión natural al dolor físico pueden sentirse a veces, pero el profundo tormento del miedo desaparece para siempre.

Dios es amor y Dios es soberano. Su amor le dispone a desear nuestro bienestar eterno y su soberanía le permite asegurarlo. Nada puede dañar a un hombre bueno.

Pueden matar el cuerpo: La verdad de Dios permanece todavía Su reino es para siempre.
Martín Lutero

El amor de Dios nos dice que Él es amigo y Su Palabra nos asegura que Él es nuestro amigo y quiere que seamos Sus amigos. Ningún hombre con un rastro de humildad pensaría primero que es amigo de Dios; pero la idea no se originó en los hombres. Abraham nunca habría dicho: "Soy amigo de Dios", pero Dios mismo dijo que Abraham era Su amigo. Los discípulos bien podrían haber dudado en reclamar amistad con Cristo, pero Cristo les dijo: "Vosotros sois mis amigos."

La modestia puede recular ante un pensamiento tan imprudente, pero la fe audaz se atreve a creer en la Palabra y reclamar la amistad con Dios. Le hacemos más honor a Dios creyendo lo que Él ha dicho de Sí mismo y teniendo el valor de acercarnos con valentía al trono de la gracia, que escondiéndonos en una humildad cohibida entre los árboles del jardín.

El amor es también una identificación emocional. No considera nada suyo, sino que lo da todo libremente al objeto de su afecto. Lo vemos constantemente en nuestro mundo de hombres y mujeres. Una joven madre, delgada y cansada, amamanta a un bebé rollizo y sano, y lejos de quejarse, la madre contempla a su hijo con ojos brillantes de felicidad y orgullo. Los actos de abnegación son comunes al amor. Cristo dijo de sí mismo

"Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos".

Es una extraña y hermosa excentricidad del Dios libre que haya permitido que Su corazón se identifique emocionalmente con los hombres. Autosuficiente como es, quiere nuestro amor y no estará satisfecho hasta que lo obtenga. Libre como es, ha permitido que Su corazón esté ligado a nosotros para siempre. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. "Porque nuestra alma es tan especialmente amada por Aquel que es el más alto", dice Julián de Norwich, "que sobrepasa el conocimiento de todas las criaturas: es decir, no hay criatura hecha que pueda saber cuánto y cuán dulce y tiernamente nos ama nuestro Hacedor. Y por lo tanto podemos con la gracia y Su ayuda estar en la contemplación espiritual, con eterna maravilla de este alto, sobrepasante, inestimable Amor que Dios Todopoderoso nos tiene de Su Bondad."

Otra característica del amor es que se complace en su objeto. Dios disfruta de su creación. El apóstol Juan dice francamente que el propósito de Dios en la creación fue Su propio placer. Dios es feliz en Su amor por todo lo que ha hecho. No podemos perdernos el sentimiento de placer en las encantadoras referencias de Dios a Su obra. El Salmo 104 es un poema de la naturaleza divinamente inspirado, casi rapsódico en su felicidad, y el deleite de Dios se siente en todo él.

"La gloria del Señor permanecerá para siempre: el Señor se regocijará en sus obras".

El Señor se complace especialmente en sus santos. Muchos piensan que Dios está alejado, sombrío y poderosamente disgustado con todo, contemplando con un ánimo de fija apatía un mundo en el que hace mucho tiempo que perdió interés; pero esto es pensar erróneamente. Es cierto que Dios odia el pecado y nunca puede ver con agrado la iniquidad, pero cuando los hombres tratan de hacer la voluntad de Dios, Él responde con genuino afecto.

Cristo en su expiación ha eliminado el obstáculo a la comunión divina. Ahora en Cristo todas las almas creyentes son objetos del deleite de Dios. "El Señor tu Dios en medio de ti es poderoso; salvará, se alegrará sobre ti con gozo; descansará en su amor, se gozará sobre ti con cánticos".

Según el Libro de Job, la obra creadora de Dios se hizo con acompañamiento musical. "¿Dónde estabas -pregunta Dios- cuando puse los cimientos de la tierra . . . cuando las estrellas del alba cantaban juntas, y todos los hijos de Dios gritaban de alegría". John Dryden llevó la idea un poco más lejos, pero quizá no demasiado para ser cierta:

De la armonía, de la armonía celestial, Este marco universal comenzó:

*Cuando la naturaleza yace bajo
un montón de átomos agitados,
Y no podía levantar la cabeza,
Desde lo alto se oyó la voz melodiosa:
"¡Levantaos, más que muertos!".
Entonces frío, y caliente, y húmedo, y seco, En orden a sus estaciones
saltan, Y el poder de la Música obedece.
De la armonía, de la armonía celestial, Este marco universal
comenzó: De la armonía a la armonía
A través de todo el compás de las notas que corrió, El diapasón de cierre
completo en el hombre.*

La música es a la vez expresión y fuente de placer, y el placer más puro y cercano a Dios es el placer del amor.

El infierno es un lugar sin placeres porque allí no hay amor. El Cielo está lleno de música porque es el lugar donde abundan los placeres del amor santo. La tierra es el lugar donde los placeres del amor se mezclan con el dolor, porque allí está el pecado, el odio y la mala voluntad. En un mundo como el nuestro, el amor debe sufrir a veces, como sufrió Cristo al entregarse por los suyos. Pero tenemos la promesa cierta de que las causas del dolor serán finalmente abolidas y la nueva faz gozará para siempre de un mundo de amor desinteresado y perfecto.

La naturaleza del amor es que no puede estar quieto. Es activo, creador y benigno. "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo pecadores, Cristo murió por nosotros". "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito". Así debe ser donde está el amor; el amor debe dar siempre a los suyos, cueste lo que cueste. Los apóstoles reprendieron duramente a las iglesias jóvenes porque algunos de sus miembros habían olvidado esto y habían permitido que su amor se gastara en el disfrute personal mientras sus hermanos estaban necesitados. "Pero el que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano tener necesidad, y cierra de él sus entrañas de compasión, ¿cómo mora el amor de Dios en él?". Así escribió aquel Juan que ha sido conocido por los siglos como "el Amado".

El amor de Dios es una de las grandes realidades del universo, un pilar sobre el que descansa la esperanza del mundo. Pero también es algo personal, íntimo. Dios no ama a las poblaciones, ama a las personas. No ama a las masas, sino a los hombres. Nos ama a todos con un amor poderoso que no tiene principio ni puede tener fin.

En la experiencia cristiana hay un contenido de amor altamente satisfactorio que la distingue de todas las demás religiones y la eleva a alturas muy superiores incluso a la filosofía más pura y noble. Este contenido de amor es más que una cosa; es Dios mismo en medio de su Iglesia cantando sobre su pueblo. La verdadera alegría cristiana es la respuesta armoniosa del corazón al canto de amor del Señor.

*Tú, oculto amor de Dios, cuya altura, cuya profundidad insondable, nadie
conoce, veo desde lejos tu hermosa luz,
Sólo suspiro por Tu reposo;
Mi corazón está dolorido, y no podrá descansar hasta que encuentre
reposo en Ti. Gerhard Tersteegen
De "Una canción para el día de Santa Cecilia"*